

DE LA AUTORA DE LA SAGA DE LOS ELEMENTOS OSCUROS.
N.º 1 EN LA LISTA DE VENTAS DE *THE NEW YORK TIMES*

JENNIFER L.
ARMENTROUT

GRACIA

Y

GIORIA

EL FINAL DE LA TRILOGÍA EL HERALDO

Trinity Marrow ha perdido la batalla y a su Protector, de quien estaba enamorada. Incluso contando con demonios y Guardianes de su lado, puede que Trin no gane la guerra contra el Herald. Es probable que traer a Lucifer de regreso al mundo para que se enfrente al Herald sea una idea tremendamente mala, pero no les queda más alternativa... y el ángel caído supremo es el único ser lo bastante poderoso como para influir en el resultado. Mientras Trin y Zayne forman un nuevo vínculo más peligroso y Lucifer desata el infierno en la tierra, el apocalipsis se avecina y el mundo se encuentra al borde del fin de los tiempos.

Ganen o pierdan, una cosa es segura: nada volverá a ser igual.

Para todos los sanitarios, personal de emergencia y
trabajadores esenciales que han trabajado de forma
incansable y sin cesar para salvar vidas y mantener abiertas
las tiendas, a pesar de suponer un gran riesgo para sus
propias vidas y las de sus seres queridos.
Gracias.

Uno

Zayne se encontraba apenas a unos metros de mí mientras la brisa sorprendentemente fresca de julio le alzaba las puntas del pelo rubio de los hombros desnudos.

O eso era lo que yo creía estar viendo.

Me estaba quedando ciega poco a poco. Mi campo de visión ya se encontraba gravemente restringido y prácticamente carecía de visión periférica. Con el tiempo, solo podría ver a través de un agujerito. Para complicar aún más las cosas, se me habían formado cataratas en ambos ojos, lo que hacía que mi visión central estuviera borrosa y mis ojos fueran aún más sensibles a la luz. Se trataba de una enfermedad genética conocida como retinosis pigmentaria y ni siquiera toda la sangre angelical que me corría por las venas podía evitar que la enfermedad progresara. Cualquier tipo de luz brillante me complicaba la tarea de ver y las cosas no mejoraban cuando había poca luz, pues eso hacía que todo se volviera impreciso y difícil de ver por la noche.

Así que, al contar únicamente con las farolas del interior de Rock Creek Park para iluminar el sendero situado detrás de mí, era bastante posible que no estuviera viendo lo que yo creía. También había tenido que pasar por un traumatismo de aúpa hacía apenas unos días (sufrí una paliza de proporciones épicas a manos del psicópata del arcángel Gabriel, también conocido como el Heraldo de los monólogos eternos), así que a saber qué le había causado eso a mis ojos.

O a mi cerebro.

Zayne podría ser una alucinación causada por el daño cerebral o la pena. De hecho, cualquiera de esas dos cosas tenía más sentido. Porque ¿cómo iba a estar Zayne frente a mí? Estaba... Ay, Dios, había muerto, su cuerpo ya se habría convertido en polvo a estas alturas, como les ocurría a todos los Guardianes al morir. El vínculo que nos unía, que lo convertía en mi Protector y nos proporcionaba fuerza y velocidad a ambos, se volvió en nuestra contra en cuanto reconocí con sinceridad que me había enamorado de Zayne. Él se había visto debilitado físicamente y Gabriel se había aprovechado de eso. Lo oí pronunciar sus últimas palabras. «No pasa nada». Presenció cómo exhalaba su último aliento. Sentí que aquel hilo que nos conectaba como Protector y Sangre Original se rompía dentro de mí.

Zayne había muerto.

Estaba muerto.

Pero podía verlo allí mismo, de pie frente a mí, y percibí un aroma a nieve recién caída y menta... menta fresca. Era más intenso que antes, como si el aire de verano estuviera empapado de invierno.

Debido a ese olor, durante un momento, me pregunté si se trataría de un espíritu: es decir, alguien que había muerto y cruzado. Cuando las almas que habían avanzado hacia el más allá regresaban para comprobar cómo les iba a sus seres queridos, la gente solía notar un olor que les recordaba a la persona que había fallecido. Un perfume. Pasta de dientes. Un puro. Una fogata. Podía ser cualquier cosa, porque el cielo... el cielo tenía un olor especial: olía a lo que más deseabas, y yo deseaba que Zayne estuviera vivo más que nada en este mundo.

Ahora mismo, podía notar el olor del cielo.

Sin embargo, incluso con mi birria de vista, podía darme cuenta de que Zayne no era un espíritu. Era de carne y

hueso... de resplandeciente carne y hueso. Su piel poseía un tenue brillo luminoso del que carecía antes.

Empecé a marearme mientras miraba fijamente unos ojos que ya no eran de un azul superpálido. Ahora eran de un tono intenso y vibrante que me recordó a esos breves momentos durante el crepúsculo cuando el cielo se teñía de un profundo matiz azul zafiro. Los Guardianes no tenían los ojos así, ni brillaban como uno de esos viejos muñecos Gusiluz que Jada había encontrado una vez en el ático cuando éramos niñas.

Y los Guardianes no tenían, ni de coña, la clase de alas que brotaban de los anchos hombros de Zayne. No eran alas de Guardián, que a menudo me recordaban a cuero liso. Ah, no, estas tenían plumas... Plumas blancas y densas con vetas doradas que relucían con fuego celestial, con gracia.

Solo había dos cosas en este mundo y más allá, aparte de Dios, que poseyeran esa potente y todopoderosa gracia en su interior. Yo era una de esas cosas.

Pero Zayne no había sido un Sangre Original como yo ni tampoco había sido como los escasos humanos que contaban con un ángel encaramado en su árbol genealógico, lo que les proporcionaba una gracia diluida y mucho menos poderosa que les permitía ver fantasmas y espíritus o demostrar otras habilidades psíquicas. Durante toda mi vida, me habían dicho que yo era la única Sangre Original, una descendiente de primera generación de un ángel y una humana, pero eso no era del todo cierto. Estaba Sullien, el hijo de Gabriel, pero Zayne lo había matado, así que supuse que había recuperado mi estatus de persona excepcional. Todo eso era irrelevante porque Zayne había sido un Guardián.

El otro único ser con esa clase de gracia y alas era un ángel, pero Zayne tampoco había sido eso.

Pero ahora tenía sin ninguna duda alas de ángel... Alas de ángel emplumadas que relucían con gracia.

—¿Trin...? —dijo, e inhalé bruscamente.

Ay, Dios, era su voz, y tuve la sensación de que me temblaba todo el cuerpo. Yo habría renunciado a casi cualquier cosa por oír su voz de nuevo, y ahora estaba ocurriendo.

Di un tambaleante paso adelante.

—Puedo... sentirte —añadió con la voz cargada de confusión mientras me miraba fijamente.

¿Se refería al vínculo del Protector? Busqué el hormigueo de reconocimiento, el rastro de emociones que no procedían de mí. No encontré nada. No había hilo. Ni vínculo.

Ya no era mi Protector.

—Trinity —repitió en voz baja, y me di cuenta entonces. El tono de su voz. Sonaba raro. Reflejaba más que simple confusión—. Ese nombre... significa algo.

El corazón me dio un vuelco.

—Porque es mi nombre.

Zayne inclinó la cabeza hacia las sombras, pero yo todavía podía sentir su mirada. ¿No... no se acordaba de mí? Me invadió la preocupación. No tenía ni idea de cómo había regresado ni de por qué se parecía a un ángel; pero, si le había pasado algo que afectaba a su memoria, me encargaría de ayudarlo. Lo resolveríamos juntos. Lo único que importaba era que estaba vivo. Di otro paso mientras levantaba el brazo...

Primero Zayne se encontraba a unos metros de distancia y luego, de pronto, estaba justo frente a mí, bloqueando el mundo que se extendía detrás de él con esas alas increíbles. Se había movido más rápido de lo que podría haberlo cualquier Guardián... más rápido incluso que yo.

Di un respingo de sorpresa y aparté la cabeza. En el fondo de mi mente, yo sabía que Zayne (que era consciente de cómo funcionaba mi vista y lo difícil que me resultaba seguir la trayectoria de un objeto en movimiento) no se

habría movido así. Pero era evidente que le pasaba algo a sus recuerdos y...

Zayne me agarró la mano mientras bajaba la barbilla e inspiraba profundamente. Se estremeció y levantó la cabeza. Abrí los ojos como platos. Al tenerlo ahora tan cerca, pude distinguir las conocidas líneas y ángulos de su cara, pero los vi... los vi con más claridad, y eso tampoco tenía sentido. Sus alas bloqueaban la luz de la luna y el resplandor de las farolas de los alrededores no se encontraba lo bastante cerca como para explicar cómo podía verlo tan bien. Sus facciones estaban demasiado nítidas y tenían... tenían ese brillo debajo...

—¿Crees que puedes enfrentarte a mí, pequeña nefilim? —me soltó.

Eh... ¿Qué?

Todos mis sentidos se pusieron en alerta máxima mientras mis ojos continuaban clavados en él.

—¿Pequeña...? —repetí.

Mi piel y mis músculos, que se encontraban en proceso de curación, protestaron ardiendo con intensidad cuando Zayne me empujó contra su pecho. Me apretó la cintura con un brazo que parecía estar hecho de acero. Me sujetaba con una fuerza aplastante, pero, aun así, el contacto de su cuerpo contra el mío me dejó hecha un lío: dispersó mis pensamientos y silenció las campanas de advertencia que habían empezado a sonar con fuerza. Zayne inclinó la cabeza de nuevo y todo mi cuerpo se puso tenso por la expectativa. Estaban pasando un montón de cosas raras, pero él me iba a besar y a mí nunca dejaría de apetecerme...

Zayne hundió la cara en mi pelo e inspiró hondo una vez más.

—Tu olor... lo conozco. Me llama. ¿Por qué?

—¿Porque... eh... me conoces? —sugerí.

—Tal vez —murmuró. Durante un momento, se limitó a abrazarme y empecé a considerarlo una buena señal—. Pe-

ro... reconozco la gracia. Es poderosa. Como la de un arcángel –dijo, escupiendo la última palabra como si estuviera hablando de algún tipo de enfermedad incurable.

Pero ¿qué diablos...?

Giré la cabeza, incapaz de levantar los brazos, que permanecían atrapados en mis costados.

–Zayne, soy yo –insistí, intentando encontrarle sentido a lo que estaba ocurriendo–. Trinity.

Él se quedó increíblemente inmóvil.

–Hay algo importante... Tu nombre, tu olor –me interrumpió, y se estremeció una vez más mientras me sujetaba con menos fuerza–. Siento demasiadas cosas. Toda la codicia y la gula, el rencor y el odio. Están dentro de mí, me llenan.

Eso... eso no sonaba nada bien.

–Pero tu olor es maravilloso. Embriagador. Me resulta familiar –repitió.

Zayne movió la cabeza y sentí su boca contra mi mandíbula. Me quedé sin aliento y mis sentidos se vieron abrumados por el estallido de sensaciones en conflicto. A mi cuerpo le entusiasmaba tener a Zayne tan cerca, pero no a mi cerebro ni a mi corazón.

–Suéltame y averiguaremos qué está pasando.

No me soltó.

Se rio.

Y esa risa... no se parecía en nada al sonido que yo adoraba y atesoraba. Sentí escalofríos por toda la piel, y no en un sentido agradable y divertido. Su risa sonó fría, incluso cruel, y no había ni una sola parte de él que fuera cruel.

–Suéltame, Zayne.

–Deja de llamarme así.

Mi corazón trastabilló.

–Ese es tu nombre.

–No tengo nombre.

–Si, claro que sí. Es Zayne...

–Y te soltaré cuando me dé la gana –me interrumpió–. ¿Y sabes qué, pequeña nefilim? No me apetece.

Vale. Yo quería a Zayne con todo mi ser... lo quería más que a nada. También me preocupaba muchísimo su estado mental en ese momento. Quería ayudarlo, y lo haría, pero la verdad era que estaba empezando a hacerme cabrear.

–Deja de llamarme «pequeña nefilim» –le advertí.

–Es lo que eres.

–Lo que soy es una Sangre Original, pero no me llamo de ninguna de esas dos formas. Soy Trinity o Trin. –Me retorcí intentando liberarme. Un sonido grave que me recordó a un animal brotó del fondo de su garganta–. Suéltame o te juro por Dios...

–¿Dios? ¿Lo juras por Dios? –Soltó otra carcajada–. Dios nos ha abandonado a todos.

Me quedé atónita. Me invadió una desenfrenada mezcla de alivio, confusión, irritación y algo mucho más intenso y devastador. Por primera vez desde que conocía a Zayne, sentí miedo en sus brazos.

Se me heló el cuerpo y mi sistema de alarma personal reaccionó ante el ramalazo de miedo. En el fondo de mi ser, mi gracia cobró vida.

Zayne bufó (bufó de verdad) como un furioso gato salvaje. Se convirtió en un enorme y furioso gato salvaje en cuanto la gracia palpitó en mi interior. Qué cosa más rara.

El instinto tomó el control. Retorcí el cuerpo, haciendo caso omiso del dolor de todas las heridas a medio curar, y levanté la rodilla para asestarle un golpe en la ingle.

O, al menos, lo intenté.

Zayne anticipó el movimiento. Mi rodilla se estrelló contra su muslo. Una oleada de ira y un pánico que crecía rápidamente se apoderaron de mí al mismo tiempo que la gracia me presionaba, exigiendo que la liberase, pero la reprimí. Zayne estaba confundido y acababa de regresar de entre los muertos con alas de ángel, así que no me

apetecía hacerle «demasiado» daño. Mi gracia haría más que eso. Lo mataría.

Conseguí soltar un brazo y le asesté un puñetazo en la mandíbula, lo bastante fuerte como para que una llamareda de dolor me recorriera los nudillos, y él sonrió. Sonrió como si ni siquiera le hubiera pegado, y la curva de sus labios tenía algo muy raro. Era gélida e inhumana.

—Ay —murmuró—. Vas a tener que esforzarte más.

Arremetí con la palma de la mano, golpeándolo debajo de la barbilla. Él soltó un gruñido de dolor mientras me empujaba (no, me arrojaba) a un lado. Choqué contra el suelo varios metros más atrás, con un grito agudo. Todavía no me había sobrepuesto del asombro, lo que amortiguó la punzada de una nueva oleada de dolor, cuando alcé la mirada hacia él y me di cuenta.

Este era Zayne, pero no lo era.

Él nunca me lanzaría como un frisbi. Aunque me lo mereciera, y bien sabía Dios que podía ser extremadamente irritante, Zayne nunca haría eso. Podía darle una patada justo en la cara y él nunca movería ni un dedo contra mí de ninguna manera que pudiera hacerme daño.

Dominé el dolor y la confusión y me puse de rodillas...

Entreví un borrón de piel y alas doradas, demasiado rápido para poder seguirlo con la vista, y luego Zayne me agarró desde atrás por el cuello de la camiseta. Me levantó en el aire. Me quedé colgando a más de un metro del suelo.

Joder.

Sus alas se alzaron y se extendieron. Eran enormes y preciosas. Y también muy aterradoras en ese momento. ¡Zayne me sostenía allí como si yo no fuera más que una niña a la que le hubiera dado una pataleta! Una niña pequeña, además.

Y eso activó mi «modo zorra».

Le lancé una patada y lo golpeé en el estómago. Él aflojó la mano con la que me agarraba la camiseta y lue-

go, de repente, salí volando.

Aterricé sobre el vientre al estrellarme contra el suelo una vez más. El dolor me atenazó las costillas al mismo tiempo que el aire escapaba bruscamente de mis pulmones. Vale. Eso era lo que se sentía de verdad cuando te lanzaban como si fueras un frisbi. Ahora conocía la diferencia. Era bueno saberlo. Me di la vuelta con un gruñido y empecé a sentarme. No llegué muy lejos. Él apareció allí, encima de mí, con la cara pegada a la mía. Aquellos brillantes ojos azules eran como fragmentos de hielo. Su mirada me heló el cuerpo, el alma.

–Zayne, por favor...

Me agarró la barbilla y me clavó los dedos en la piel.

–Deja de llamarme así.

–Ese es tu nombre...

–No lo es.

–Entonces ¿cómo se supone que debo llamarte? –grité–. ¿Imbécil?

Una comisura de sus labios se alzó.

–Puedes llamarme muerte. ¿Qué tal suena eso?

Me invadió un montón de miedo, pero lo disimulé.

–¿Que qué tal suena? Suena bastante estúpido.

Se le heló la sonrisita de suficiencia.

Lancé un puñetazo.

Su mano salió disparada y me agarró la muñeca. Zayne ni siquiera había apartado los ojos de los míos... ni siquiera me había soltado la barbilla.

–Esto me resulta familiar.

–¿Que te diga que algo que has dicho suena estúpido? Porque debería...

–No. –Entornó los ojos–. Esto. Pelear.

–¡Eso es porque hemos entrenado juntos! Hemos peleado entre nosotros –contesté a toda prisa, intentando superar el pánico y la ira–. No para herirnos. Nunca para herirnos el uno al otro.

–Nunca para herirnos el uno al otro –repitió él despacio, como si no consiguiera entender cómo encajaban esas palabras. Giró la cabeza hacia un lado mientras cerraba los ojos–. Esto no es... –Me clavó los dedos, apretando hasta que pensé que se me astillaría la mandíbula–. Me conoces. Eres importante.

Me tragué el miedo.

–Porque... porque nos conocemos. Estamos juntos. Tú nunca harías esto. Nunca me harías daño.

–¿De verdad? –Sonaba aún más confundido–. ¿Y eso por qué? Eres una nefilim. Posees la gracia de un arcángel.

–Eso da igual. Nunca me harías daño porque me quieres –susurré con voz quebrada. Se me llenaron los ojos de lágrimas–. Por amor. Ese es el motivo.

–¿Amor? –Dio un respingo como si se hubiera quemado y me soltó la barbilla–. ¿Te quiero?

–Sí. ¡Sí! Nos queremos, Zayne, y podemos arreglar lo que te ha pasado, sea lo que sea. Podemos resolverlo juntos, nosotros...

–¿Nosotros? –Me rodeó el cuello con la mano, ejerciendo una fuerza que estaba a punto de resultar mortal–. No hay ningún nosotros. No hay Zayne –escupió–. Soy Caído.

No hubo tiempo para que esas palabras surtieran ningún daño ni para que cobraran sentido. Su mano se cerró hasta que solo pudo pasar una mínima cantidad de aire. No estaba segura de si seguiría apretando o no. De ser así, ¿Zayne había regresado a la vida solo para matarme? Parecía apropiado de una manera irónica. Si ese resultaba ser el caso, evidentemente iba a estar supermuerta y supercabreada, pero también se me rompería el corazón. Porque, cuando él se recuperara de lo que fuera esto, saber lo que había hecho volvería a matarlo.

No me merecía eso.

Ni él tampoco.

Lo que hice a continuación resultaba difícil de explicar. Mis manos se alzaron de forma inconsciente. Coloqué mis dedos temblorosos contra su mejilla y presioné la palma de la mano contra su pecho. Piel contra piel.

Zayne parpadeó y me soltó al mismo tiempo que retrocedía bruscamente. Un breve atisbo de confusión nubló sus ojos brillantes mientras yo me giraba hacia un lado, inspirando el maravilloso oxígeno. No estaba segura de qué hizo que me liberara, qué le impidió aplicar un poquito más de presión. Me alegraba demasiado de volver a respirar, así que la verdad era que eso no me importaba en este momento.

Me puse tensa cuando su mano se cerró sobre mi hombro, pero lo único que hizo fue colocarme de espaldas. Fue casi... tierno.

—¿Qué...? —Sacudí la cabeza de nuevo, haciendo que algunos mechones de pelo rubio se balancearan—. ¿Por qué no me atacaste? ¿Por qué me tocaste? Puedo sentir el poder en ti. Puedes pelear contra mí. No ganarás, pero es mejor que quedarte ahí tumbada.

Mejor que no matarlo, quise decir, pero incluso yo podía darme cuenta de que no tenía sentido hacerlo. Razonar con él no iba a funcionar. Podía pregonar a los cuatro vientos que estaba enamorada de él y no iba a suponer ninguna diferencia. Tenía que largarme de ahí, ir a algún lugar seguro para averiguar qué diablos estaba pasando. Detestaba lo que estaba a punto de hacer, pero no había otra alternativa.

Me llevé la mano al muslo y desenfundé la daga de hierro que había permanecido oculta bajo la camiseta larga.

—¿Por qué no peleas contra mí? —exigió saber—. Eres el enemigo. Deberías pelear contra mí.

Ni siquiera pude procesar el hecho de que me llamara «el enemigo».

—No pelearé contra ti porque te quiero, maldito idiota.

Mis dedos envolvieron el mango de la daga mientras en sus facciones se dibujaba la expresión que siempre me dedicaba cuando yo hacía algo que él no podía entender, lo cual solía ocurrir a menudo. Se me desgarró el corazón.

–Lo siento –susurré.

Zayne volvió a ladear la cabeza.

–¿El qué?

Me incorporé de la tierra y la hierba, trazando un arco alto con el brazo. El filo de la daga lo alcanzó debajo de la barbilla. Me aseguré de que el corte fuera rápido y superficial, solo pretendía aturdirlo.

Zayne retrocedió a trompicones, con su hermoso rostro crispado de furia. Se agarró la garganta y dejó escapar un rugido que me provocó escalofríos hasta en el alma. Me puse de pie de un salto y no vacilé. Salí pitando como si me persiguiera el mismísimo diablo.

Corrí y corrí, abriéndome paso a ciegas entre el tráfico y casi atropellé a innumerables personas mientras mis zapatillas aporreaban el pavimento. Fue asombroso que no me arrollara ningún coche. Me dolía todo el cuerpo, pero no aflojé el paso. Ni siquiera sabía adónde iba...

«Sígueme».

Di un traspié cuando aquella voz, que sin lugar a dudas no era la mía, resonó a mi alrededor. Reduje la velocidad; respiraba con dificultad. La molesta luz amarilla de las farolas proyectaba sombras siniestras a lo largo de las aceras. Las caras y los cuerpos no eran más que borrones sin forma, los cláxones sonaban en la calle y la gente gritaba.

«Sígueme, Sangre Original».

O bien me estaba volviendo loca (algo que en mi humilde e imparcial opinión sería completamente comprensible en ese momento) o de verdad estaba oyendo una voz en mi cabeza.

Pero ¿oír voces en la cabeza no significaba también que te estás volviendo loco?